

*“Para la mayoría de la gente, el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado, y no en amar, no en la propia capacidad de amar.”* Erich Fromm

Existen pocas preocupaciones existenciales sobre las que se haya gastado tanta tinta como en las emociones y sentimientos relacionados con el amor. Escritores, músicos y artistas de todas las disciplinas y épocas han dedicado gran parte de su producción a desentrañar los secretos de una particular emoción que posee la capacidad de ser hermosa y perturbadora a la vez. Es curioso sin embargo que el arte contemporáneo haya evolucionado por otros senderos más ligados a la razón con un arte cada vez más conceptual y tendiente al archivo que a las emociones. Por otra parte, no son pocos los filósofos contemporáneos que han reflexionado sobre la incapacidad de amar, la imposibilidad de construir relaciones sanas en la sociedad contemporánea, donde nadie está dispuesto a amar realmente sino más bien donde todo ser humano se convierte en un objeto a consumir, donde nos consumimos unos a otros rápida y despiadadamente. Es en este marco conceptual donde podemos situar la obra de Legarda.

En este desierto emotivo podemos situar la obra multidisciplinar de Legarda. A lo largo de toda su trayectoria vemos como el vasto campo de las emociones se despliega para indagar en ellas y proponer al espectador un desafío frente a sus piezas. El desafío viene dado en cuanto la artista rompe la naturaleza íntima y personal que otorgamos a las emociones y exhibe su fragilidad corporal y emocional (puesto que la artista es performer y protagonista a la vez) frente a un público estupefacto.

Dark Beauty es una instalación multidisciplinar donde proyecciones, fotografías, cuerpo y escena crean una totalidad con un fuerte componente simbólico. Dark Beauty es un gran ejemplo de cómo la artista utiliza la fotografía para asentar la simbología de toda obra. Los espacios en los que tiene lugar la acción hacen referencia constante a lugares abandonados, envejecidos, arquitecturas destrazadas o a medio hacer, son espacios absolutamente desolados donde lo único que aún perdura es el cuerpo (también abandonado y maltratado) de la protagonista.

La protagonista es una mujer anónima, es un individuo que personifica la idea de la búsqueda de perfección femenina, a la vez que solo sabe existir desde una relación de dominación, de sometimiento absoluto y de abandono total. La protagonista es ante todo un personaje lleno de fisicalidad, su implicación emocional queda plasmada a través de su cuerpo que es directamente humillado y maltratado por parte de uno de los grandes protagonistas de la obra, el espectador.

Pese a que Legarda huye de la narrativa simple, en esta ocasión le concede al espectador una responsabilidad decisiva en el transcurso de la obra. Para avanzar a través de la instalación el espectador debe tomar decisiones con respecto a la protagonista, es decir, el espectador decide cómo va a evolucionar en cada ocasión esta peculiar historia de amor, donde la protagonista es absolutamente vulnerable a los deseos que el espectador tenga. La implicación del espectador en este caso es absolutamente central, ya que no se trata solo de una participación puntual, se trata de ir más allá y que el espectador se acabe identificando e implicando emocionalmente en la relación. **Se trata de que cada uno de**

**nosotros se haga una doble pregunta, por un lado hasta dónde es capaz de abandonarse a sí mismo por el otro y hasta dónde somos capaces de dominar y apoderarnos del que se deja en nuestras manos. La pregunta latente quizás sea si realmente somos capaces de amar sin victimizar, sin dañar ni maltratar. E intentando responder a esta pregunta el espectador no es un elemento más, es el artífice que hace posible la obra.**

Greta I. Galeana